

El gran visir Ali-bajá, contrario igualmente á la ambicion criminal de Selim y á la mucha oposicion de Korkud, velaba por Achmet, favorito del divan y de su padre. Él decidió á su señor á reunir un ejército, vendido á la causa de Achmet, y á ponerse él mismo en camino para Andrinópolis con el objeto de reprimir y castigar los atentados de Selim.

Este se anticipó al sultan avanzando hácia la Tracia contra el ejército de su padre. En la cima de una colina próxima á la ciudad Tschorli (la antigua Tzurulum), Ali-bajá, acercándose á la litera de Bajazet, que no podia montar á caballo á causa de sus enfermedades, le señaló las hordas de tártaros y de circasianos enemigos del imperio, alistados por Selim que cubrian la llanura con sus tiendas, sus caballos, sus ejércitos. « ¿Viene de esa manera un hijo respetuoso á besar la mano de su padre, dijo al sultan, para « horrar toda idea de perdon? ¿No viene mas bien « como un parricida á precipitarlo del trono al se- « pulcro? »

Aun parecia que dudaba el desventurado sultan; por fin vencieron las reiteradas y unánimes instancias de sus visires y de sus bajás, vendidos á Achmet. Apoyó el codo en un cogin que le servia de cama, y con voz trémula por la cólera dijo:

« ¡ Vosotros, mis visires y agas! ¡ vosotros mis es-

« clavos! vosotros todos, mis soldados que comeis mi « pan, marchad contra el rebelde. »

XXI

A estas palabras, repetidas de fila en fila por los bajás y los agas á sus tropas, los veinte mil genizaros se lanzaron con ímpetu sobre aquella manada de bárbaros al grito de *Allah Kerim* (Dios es grande) y no les dieron siquiera tiempo de disputar la llanura. El combate no fué mas que la fuga. Selim montaba un caballo célebre en la historia de esta raza ecuestre, á quien el vigor de su carrera y el ruido retumbante de sus piés habian valido el dictado de *Kara-bulut* (la nube negra). Este caballo lo sacó del campo de batalla. Su page Ferrahd, que fué mas tarde esposo de su hija y su gran visir, viendo á su señor amenazado por un peloton de spahis montados sobre caballos turcomanos de la misma raza que Kara-bulut, se interpuso voluntariamente entre sus sables y la grupa del corcel de Selim. Rodó por el polvo bajo los piés de los caballos; pero su abnegacion salvó á Selim. Este príncipe, huyendo de noche y de dia á través de

los bosques de las orillas del mar Negro fué á pedir un asilo al Khan de los tártaros de Crimea, con cuya hija, madre de Soliman, se habia casado.

XXII

El gran visir Ali-bajá, despues de haber llevado a su señor en triunfo á Constantinopla, pasó al Asia para pelear allí contra los restos de la secta fanática de Scheitankuli, que se habian reunido y amenazaban á Brusa. Este visir habia propuesto á Achmet una entrevista secreta en Asia, cerca de Kermian, en el pueblo llamado la Piedra de Oro. El objeto de esta entrevista era convenir en las medidas que debian tomar de comun acuerdo para que ocupara el trono persuadiendo al sultan á que abdicase, y ganando á los genízaros. Pero este eunuco, hábil en la guerra, en la política y en los manejos de la córte, pereció pocos dias despues en una refriega contra las hordas del sectario. Sus designios perecieron con él. La muerte de este hombre de Estado consternó á Bajazet y á Achmet. Se le puede comparar á un Riche-lieu de los otomanos, pero bajo un príncipe me-

nos esclavizado que Luis XIII. Este era el primer gran visir muerto en el campo de batalla, con el sable en la mano, peleando por el imperio. Los poetas turcos, de quienes era el ídolo y el émulo, llenaron el Asia y la Europa con elogios marciales á su gloria. El historiador persa Idris, llamado por él desde Is-pahan para que escribiera en páginas inmortales los anales de los turcos, eternizó su memoria.

El imperio perdió en él el único moderador de sus agitaciones, bajo un reinado que degeneraba en la anarquía.

XXIII

El schah de Persia, á cuyo país habian ido á buscar otra vez un refugio los rebeldes, hizo echar á sus dos jefes en una caldera de agua hirviendo, y envió sus cráneos descarnados y montados en forma de copa para que se bebiera en ellos el *agua de la venganza*.

Entre tanto Selim, alentado por la muerte del eunuco que refrenaba su audacia, se dirigia de nuevo hácia Constantinopla para obligar á su padre á que

retirara el favor que dispensaba á Achmet y Korkud. Achmet estaba á la sazón en Scutari en frente del serrallo con un ejército de sus partidarios asiáticos. Ahmed-Bajá, nombrado gran visir despues de la muerte del eunuco Alí, se esforzaba inútilmente en atraer los genizaros al partido de Achmet-Sultan. Esta milicia, fanatizada por el oro y las seducciones de Selim, en quien descubria los vicios de su abuelo Mahomet II, se sublevó á la aproximacion de Achmet, saqueó los palacios del gran visir, de Mustafá-bajá, de Hassan-bajá, del gran juez del ejército de Asia y de todos los visires que se suponía partidarios de Selim.

El gran visir, concedido á los revoltosos por el sultan, fué reemplazado por Mustafá-bajá, antiguo negociador de Bajazet con el papa Alejandro Borgia, cuando ajustaba la cabeza de Djem.

Mustafá envió á Achmet á su gobierno de Asia para apaciguar á los genizaros.

Indignado Achmet con este destierro que encerraba la pérdida de sus esperanzas, se alejó en efecto, pero para apoderarse de Koniah, en donde hizo cortar las narices y las orejas al enviado de su padre que le pedía la restitucion de la provincia. La cabeza del fiel beg que defendía por el sultan la ciudadela de Koniah fué enviada como un ultraje á Bajazet. Es-

tos insultos sangrientos acabaron de despolarizar á Achmet en Constantinopla.

Korkud, creyendo imposible en lo sucesivo la reconciliacion de su padre con sus dos hermanos, entró en Constantinopla disfrazado y seguido de dos criados, y se alojó con valerosa confianza en el principal cuartel de los genizaros, que eran sus enemigos. Creía que los ganaría para sí con su elocuencia, su seducción y su valor, y que se los arrebataria á Selim.

Lisonjeados los genizaros con tal confianza, pero inalterables en su necia adhesion á Selim, le hicieron los honores debidos al hijo de un sultan, y lo acompañaron, cuando despues de treinta años de ausencia fué al serrallo á besar la mano de su padre. El premio de la audacia de Korkud consistió únicamente en una insignificante hospitalidad.

Mientras que Achmet mendigaba socorros de los tártaros, Selim avanzaba por tercera vez con intento de apoderarse del trono por medio de la sedicion y quizá del parricidio. A la cabeza de seis mil caballos tártaros, había cruzado el Danubio por encima del hielo á principios de febrero (1512). Su aproximacion agitó á los genizaros de la capital. Estos soldados turbulentos presentían al parecer que su reinado iba á coincidir con el de este príncipe. Su corazón se

precipitaba hácia él, no porque fuese el mas digno, sino porque era el mas feroz de los hijos del sultan.

XXIV

Pidieron con estrépito á Bajazet que nombrara por general suyo á Selim y que los llevara á pelear contra Achmet. Bajazet se veia obligado á escoger entre tres rebeliones : la de Selim, la de Achmet y la de los genizaros. Concedió lo que le pedia la mas amenazadora. El aga de los genizaros salió al encuentro á Selim, que se hallaba á algunas horas de distancia de su capital, y trajo en triunfo á Selim. Los visires, los bajás, el ejército, el pueblo, recibieron á Selim al desembarcar en el jardin del nuevo serallo; Korkud asistia humillado al triunfo de su dichoso rival.

Bajazet oia desde su palacio los clamores que lo destronaban por su hijo. Intentó recobrar á precio de oro el reino que perdia. En treinta años de paz habia reunido un tesoro propio, capaz de pagar un imperio. Envió á su tesorero á ofrecer á Selim trescientos mil ducados de oro, pagados aquel mismo día, y una

renta anual de doscientos mil ducados si consentia en volver á su gobierno. Selim eludió todo, porque queria el trono. Bajazet lo nombró su sucesor á condicion de que aguardara á su muerte para tomar el título de sultan; que se le dejara el tesoro, y que sus hijos, reconciliados bajo su arbitraje, se perdonarian el haber nacido de una misma sangre. Selim, temiendo ofender la opinion pública, fingió aceptarlo todo, dejando que sus parciales, ansiosos de explotar su reinado, consumaran su obra.

XXV

Seis dias despues (el 25 de abril de 1512), al levantarse el sol, el visir adicto á Selim, los genizaros, los spahis, la muchedumbre, sublevada por los partidarios de Selim, inundó sin oposicion los patios del palacio. Su silencio enigmático ó respetuoso queria ser comprendido sin explicarse. Bajazet trató de oponerles la majestad de los derechos paternales, del título y de la edad. Sentóse sobre el trono, hizo abrir las puertas y les preguntó, con voz severa pero resignada, qué venian á exigir de él.

« Nuestro *padischah* es viejo, está enfermo, le res-

« pondieron algunas voces que no disimulaban bien
« la insolencia bajo la compasion : el peso del impe-
« rio se abruma ; el imperio se hunde con él. »

— « Sí, añadieron con tono mas imperioso los soldados diseminados por los salones, queremos que se ponga en su lugar á Selim. »

Doce mil voces de genizaros y de spahis, reunidos en los patios, repitieron con acentos iracundos el nombre y la aclamacion de Selim.

« Y bien, dijo con resignacion el sultan, abando-
« nado de sus mismos guardias, de sus hijos y de sus
« visires, renuncio el imperio en favor de mi hijo
« Selim. ¡ Que Dios bendiga su reinado y á los oto-
« manos! »

¡ El nombre de Selim y el de *Dios es grande!* resonaron en el salon del trono, en los patios del palacio y en las siete colinas de Constantinopla. Nadie osaba protestar contra la fortuna de un usurpador y contra la voluntad del ejército. Los genizaros aprendian por segunda vez á quitar y dar el trono. La constitucion desaparece en donde los pretorianos disponen á su antojo de la corona; el espíritu de cuerpo se convierte en derecho público; el soldado es juez de la legitimidad del príncipe y de la libertad del pueblo. Todo el tiempo que reinó esta milicia, los otomanos tuvieron un señor pero no emperadores.

XXVI

Entre tanto Selim, bajo la apariencia del pudor de su ambicion, habia tenido audacia suficiente para realizar su criminal intento. Manteníase de pié bajo el arco de la puerta que separa el primer patio del segundo del serrallo, rodeado de sus oficiales y visires mas adictos. Bajo este arco se paran los bajás ó los embajadores que aguardan respetuosamente la audiencia del emperador. En el mismo punto desemboca tambien, bajo la misma bóveda, la escalera sombría por la que baja el verdugo á sacrificar sus víctimas; vestíbulo siniestro del favor ó del suplicio, en donde el visir temeroso, que regresa de una victoria ó de una derrota, ignora si es llamado á palacio para morir ó triunfar.

Parecia que Selim aguardaba con hipócrita respeto á que su humillado padre lo llamase al trono que sus cómplices le hacian desocupar. Los visires vinieron á prosternarse ante él y lo condujeron á presencia de Bajazet II, sentado todavía sobre el *musnad*. Selim besó la mano que acababa de dejar sin

etro. Al despojarse de las insignias del poder supremo, afectó dejarlas con alegría. Pidió que le permitiesen retirarse con su haren, sus servidores y su tesorero al palacio antiguo, desde donde no ofuscaría su presencia al nuevo soberano, hallando en él al mismo tiempo la calma y el silencio que exigian sus años y sus achaques.

Los genizaros y el pueblo no le dejaron disfrutar por mucho tiempo de esta ilusion de los príncipes caidos. La misma capital no puede soportar dos tronos. Los clamores de la soldadesca, que levantaban hasta el cielo sus clamores pidiendo su bendicion para el reinado de Selim, eran considerados como otras tantas maldiciones del suyo : la importunidad de estos gritos, de estas fiestas que erán insultos para él, lo forzaron á pedir á su hijo un asilo mas apartado del palacio que le recordaba tan insolentemente su caida. Él indicó la pequeña ciudad griega de Demótica, especia de retiro adonde se refugiaban habitualmente por su clima dulce y su tranquila soledad los bajás, los visires, los príncipes y las viudas de los sultanes destronados.

Selim, ansioso de libertarse de la presencia de su padre, suavizó con esplendidez las condiciones de aquel retiro.

Veinte dias despues de haber conducido á Bajazet II

al serrallo antiguo, Selim escoltaba con pompa imperial el séquito que acompañaba al emperador desposeido, por el camino de Demótica, cabalgando al lado de la litera de su padre ; parecia que escuchaba y recogia con deferencia filial los consejos que le daba Bajazet para la gobernacion del Estado. Los dos soberanos se abrazaron y se separaron á media jornada de Constantinopla ; el uno para volver á la capital, el otro para continuar su viage hácia el desierto.

XXVII

Sin embargo, como Diocleciano, como Carlos Quinto, como Napoleon, como todos los soberanos despues de su abdicacion voluntaria ó forzosa, que no se alejan con bastante celeridad segun los deseos de su sucesor, Bajazet II parecia que entorpecía su marcha para aguardar algun arrepentimiento y algun cambio de la fortuna. Dícese que la lentitud de su viage, motivada por una indisposicion, le pareció calculada á Selim, y que bajo el pretexto de enviar un médico griego á su padre, le envió un envenena-

dor. Un page italiano, familiar de Bajazet, que lo siguió á Demótica, lo afirma en sus memorias. La impaciente ambicion de un hijo que habia levantado tres veces la mano contra su padre no es propia para dementirlo; pero no existen pruebas. Bajazet, doliente por espacio de mucho tiempo, con el corazon desgarrado por la ingratitud de su hijo, con el espíritu alterado por su caida del trono, con el cuerpo atormentado por la gota y las vicisitudes de un viaje fúnebre, podia morir sin parricidio. La ocasion en que murió acusa la mano de su hijo. Falleció cuando era menester que desapareciese; esta es la única sospecha legítima de la historia; pero no se inscribe el nombre de parricida por una sospecha.

XXVIII

Su reinado habia apaciguado pero tambien enervado á los Otomanos; no dejaba huellas mas que de reveses; sus virtudes personales eran virtudes domésticas, mas bien que virtudes soberanas. Ellas habian originado esa anarquía de pretensiones anticipadas al trono en los príncipes de su familia, que

hacen asemejar esta época de la monarquía otomana á la época de la Fronda en Francia. Pero esta Fronda francesa, suavizada por el carácter de una nacion civilizada y por la mano de Mazarin, iba á resolverse en asesinatos y fratricidios con las costumbres todavía sanguinarias de los Turcos.

Un ministro diplomático, hábil y corruptor, habia logrado pacificar la Francia; los Otomanos necesitaban un Tiberio. Selim lo fué.

Antes de comenzar la narracion de este trágico reinado, es menester remontar algunos años al de Bajazet II, para seguir en uno de los mas dramáticos episodios el reinado, las aventuras y las desgracias del hermano que le habia disputado el imperio.

La historia de Djem, hermano y competidor de Bajazet II, forma cuerpo con la historia de los Otomanos. Pero despues de la derrota de este príncipe en Ienischy, el teatro de sus desventuras no es Turquía, sino Francia ó Italia. La historia de los sucesos de Turquía y de las aventuras de Djem en Europa hubiera complicado la de los dos hermanos entremezclándose paralelamente; nosotros hemos preferido, en obsequio de la claridad, tanto como por el interés del drama, referir sin confusion ni interrupciones el reinado del uno y la vida del otro. Para el entendimiento como para los sentidos, el orden nace

de la separacion de los objetos; la claridad, luz de la inteligencia nace del orden; y el interés nace de la claridad.

En el libro siguiente, pues trataremos de la historia de Djem, de ese gran proscrito de los Otomanos, de ese juguete de la suerte, de esa víctima de la política de Europa.